

ALFAGUARA



Frantz Delplanque

Elvis o la virtud

Traducción de Juan Carlos Durán Romero

Desde que la bofia se ha pasado a la jornada de treinta y cinco horas semanales, su rendimiento no ha mejorado nada. Louise llevaba desaparecida casi un año y yo todavía no había visto ni la sombra del hocico de esos tristes sabuesos apuntar hacia mí con intención de olisquear lo que andaba cavilando. El juzgado de Bayona había abierto un expediente judicial por detención ilegal y secuestro y yo ni siquiera figuraba entre la decena de testigos interrogados.*

Solo mi amigo Jean-Luc Taureau tuvo que responder a las preguntas de un inspector de la seguridad departamental. Lo abordó en la terraza de su propio bar, un búnker perforado por unas cuantas cristaleras que permiten disfrutar de las vistas al océano entre trago y trago de cerveza. La entrevista había durado una media hora, sin contar las interrupciones para servir a los clientes o cobrar las consumiciones.

—¿Y bien?

—Nada, Jon. Le expliqué que la desaparecida era una cliente ocasional. Que se presentaba siempre con la misma amiga. Le dije que habían intentado convencerme de que sirviera el agua Perrier con una rodaja de limón, pero que yo las reservo para el Martini.

—¿Estás de coña? ¿Le contaste eso?

—Sentí la necesidad de decirle la verdad.

—¿Eso es todo?

—Me dejé en paz cuando le expliqué que el Cap'tain Bar es una zona de «recalificación emancipada del poder te-

* Louise, amante de Jon Ayaramandi, muere acribillada en la casa de este por las balas de Burger el Malo en *Un gramo de odio* (Alfaguara, 2013). Su cadáver es enterrado en los terrenos de una futura autopista. (N. del T.)

rrestre»: «Sin duda, señor comisario, debido al hecho de que esta edificación fuera levantada en su momento por los nazis para que ahora venga la gente en pantalones cortos y polo rosa a comprar helados con los niños».

—Bien dicho.

—Y añadí: «Espacio de cohabitación no temporal, señor comisario. El territorio de las Landas es un reloj de arena volcado en los confines de la Tierra: el tiempo está congelado aquí desde hace millones de años; el tiempo real, quiero decir, no el que se mide con el reloj».

—¿Y no se lo tomó a pitorreo?

—Qué dices... Añadí además que con el paso de los años había visto cómo iba encogiéndose el alma de mis clientes: «Y eso, señor comisario, debo decirle que es irreversible, y no solo por culpa de todas esas ondas que circulan por el aire, sino también, y sobre todo, porque no hemos sabido adaptarnos a la inmovilidad del tiempo».

Yo me mondebaba... Lo sé, utilizo expresiones raras, es que nací en 1942.

—Vamos a tardar en verle asomar sus narices de nuevo por aquí.

Nada deja más aturdida la mente de un poli que las divagaciones de un espíritu libre.

Y, de hecho, al cabo de tres semanas el expediente fue archivado por el juzgado, a falta de elementos suficientes. Ni siquiera se había pasado el aviso a la Oficina para la Represión de Actos Violentos contra las Personas, especializada en desapariciones inquietantes. Tampoco a la brigada que la Policía Judicial de Burdeos tiene en Bayona. Seguramente la desaparición de Louise no había sido considerada «inquietante».

Una mujer que se volatiliza, sin duda movida por un repentino capricho, es como un gorrión posado en una rama que se echa a volar.

Tampoco es cuestión de montarse una novela.

Había vuelto a ver a la compañera de terraza de Louise frente al bar de apuestas de la plaza de los Mártires de la Resistencia, en compañía de otra mujer, pelando la pava como si las estuvieran grabando para la tele. Creo que se llamaba Stéphanie, una vez oí a Louise llamarla «Steph». Había hecho como si no me reconociera y no parecía para nada asustada; quiero decir, no parecía que me tomara por un asesino. Solo me había dedicado una pequeña dosis de desprecio, aunque suficiente para matar a un caballo. Pero yo no soy un caballo. Resultaba evidente que Louise no le había confesado nunca nuestro idilio. Steph se había encontrado una nueva mejor amiga. Una que no corría el riesgo de seducirme, con su cara de fotomatón y una sonrisa que parecía funcionar con una pila de nueve voltios.

Se lo conté a Jean-Luc:

—Ni siquiera nos saludamos. Era como si la sabelotodo esa no me hubiese reprochado en su vida que me gustara el rock duro, como si nunca hubiésemos compartido (Louise, ella y yo) ninguna broma, como si nunca me hubiera visto ligar con su supuesta mejor amiga.

Jean-Luc se encogió de hombros:

—Me da que simplemente ha pasado página. Hay gente así, a la que la desaparición de un amigo le afecta lo mismo que un terremoto en un país lejano.

*

A pesar de todo, me costaba comprender que a nadie se le hubiese ocurrido orientar a los investigadores hacia mi modesta persona. ¿Acaso en Largos* no había ni un solo testigo que me hubiera visto del brazo de esa guapa rubia de apenas cuarenta años? ¿Nadie había reparado en el viejo Jon Aya-ramandi borracho como una cuba, al amanecer, deambulando con la cara partida y los puños ensangrentados, sembrando el horror entre las personas de bien?

* Localidad imaginaria en el País Vasco francés en la que se desarrollan las peripecias narradas en *Un gramo de odio*. (N. del T.)

¿Era yo demasiado viejo para interpretar ese papel?
Eso parecía pensar todo el mundo.

«No, ese no. No va a ser ese viejo de pelo blanco.»

¿Me sentía herido? Sí.

¿Aquello me beneficiaba? Más aún.

Podría decir incluso que me venía de perlas.

No obstante, había sido el amante de aquella mujer maravillosa.

Y no había sido precisamente el periodo de mi vida en el que había pasado más desapercibido. Rebotaba entre bares de mala muerte y discotecas, me pegaba con cualquier tipo que me mirara mal, trataba con gitanos cocainómanos, recuperé el contacto con mis antiguos compañeros sicarios. Aullaba como un lobo a la luna... Afortunadamente, nos habíamos mostrado más prudentes en el terreno amoroso. Louise ya había alcanzado una edad en la que hasta una mujer sabe lo que el ardor debe a la discreción. No habíamos demostrado nuestra pasión ni en la playa, ni por la calle, ni en ningún lugar público. La relación entre un monstruo espantoso de sesenta y ocho años y una espléndida cuarentona no es un espectáculo que se desee airear delante de toda la parroquia, ¿verdad?

Así que nos habíamos amado en mi casa. A resguardo de las miradas. Ayudados por la música soul y los estimulantes. Y, créanme, había sido como tocar la eternidad.

Una corta semana de amor a la que se le amputó un día, esa fue la felicidad a la que tuve derecho. La eternidad menos un día. Y mi corazón despedazado para siempre.

Quizás con un poco más de tiempo habríamos podido llegar a pasear juntos de la mano. A besarnos de pie frente a una puesta de sol, como en la canción de Joe Dassin:

*Et l'on s'aimera encore
lorsque l'amour sera mort...**

* «Y nos seguiremos amando / cuando el amor haya muerto.» (N. del T.)

Ahora que les he metido esa cancioncilla en la cabeza va a ser difícil quitársela de encima, ¿verdad?

*

No dejaba nunca de pensar en ella.

Eso me ponía triste. Y se notaba.

—Jon, tienes cara de muerto, deberías tomar antidepresivos.

Jean-Luc se limitaba a la farmacopea clásica.

Paco, mi colega gitano, tenía cosas mejores que proponerme.

—Con la cocaína, hasta un cadáver puede parecerse a un buen recuerdo.

Nos echábamos unas risas.

Paco me traía una o dos botellas de alcohol cada vez que venía a visitarme. Alcohol de malísima calidad, pero fuerte, muy fuerte. El tipo de brebaje que habría podido colocar a niños de quince años, si no se encargase ya de eso un 24 horas que estaba junto al centro comercial y los supermercados.

Jean-Luc me traía lo mejor de su bodega: grandes cosechas de Saint-Estèphe, viejos armañacs, botellas de champán de reserva. No nos quedaba vida suficiente para bebernoslas todas.

A no ser que...

Paco y Jean-Luc. Cada uno en su estilo, pero con ambos podía uno reírse hasta llorar. Se entendían cada vez mejor. Teníamos esos momentos en los que acabábamos los tres cogidos de la mano, como en el corro de la patata.

Qué quieren que les diga. Nunca he sabido resistirme a la gente que sabe reírse. Tanto el uno como el otro tenían los ojos arrugados de la gente feliz. Mi tristeza, con ellos, sobrevivía a duras penas, me resultaba imposible encontrar el lugar donde había guardado el botín de mis lágrimas.

mas. Nunca he podido llegar a tocar fondo, soy un depresivo de poca monta.

Una mujer con los hombros al aire, un trago de vino blanco sobre una docena de ostras, un nuevo grupo inglés que me recuerde la energía de los inicios, y me vuelvo a poner en marcha. Y toda esta maldita pena, directa al saldo de una cuenta en números rojos.

Perle también había pasado a verme, todos los días, como quien visita a sus viejos.

—¡Anda que...! Espectacular.

—¿El qué?

—Lo tirado que se te ve. Pareces un vejstorio que agoniza.

—Gracias.

Luna tampoco se quedó corta:

—Abuelo, ¿en qué piensas?

—En nada, cariño.

—No es que no pienses en nada, es solo que no quieres decírmelo.

—Sí, tienes razón, es eso. ¿Te gusta esta canción?

(Al Jarreau, «Rainbow in Your Eyes».)

—Me gusta casi tanto.

—¿Tanto como qué?

—No he dicho «tanto», sino «casi tanto», abuelo.

—Sí, pero si dices «me gusta casi tanto», significa que la estás comparando con otra cosa. Así pues, ¿con qué la comparas?

—Menudo barullo tienes en la cabeza en este momento, ¿eh, abuelo? He dicho «casi tanto» para que comprendieras que no es «completamente», nada más.

Luna, la nieta de cinco años y medio (da mucha importancia a ese semestre) más perspicaz del mundo. Perle la había peinado con coletas, hacía una eternidad que no había visto unas, parecían antenas para captar mis pensamientos secretos.

Uno se queda mirando a la hija de una amiga y piensa que...

—¿Me meterás el tema de Fugu en mi iPod, abuelo?
Fugu: pez comestible, muy apreciado en Japón, cuyas vísceras contienen un violento veneno.
—Sí, lo haré, te lo prometo.

*

Dos meses antes, Perle me había anunciado, con la cabeza gacha:

—Me voy a mudar, Jon.

—Es lo que siempre te he dicho, guapísima.

Tener una mujer joven como esa de vecina había bastado para hacer de mí este hombre de corazón desolado, y eso que antes de conocerla no tenía siquiera corazón ni ganas de tener un alma gemela.

Seis años antes, ella me había desvirgado el alma. Había abierto una vía de agua, de ternura en su caso, en mi línea de flotación. Y aunque me había sacado del coma afectivo para hundirme en el caos..., aquello por lo menos me hacía sentir vivo.

Lo había perdido todo intentando salvarla, salvo a ella misma:

—Me gusta estar cerca de ti, joder.

Hizo como si no me hubiese oído.

—Me voy a vivir con Al.

Encajé el golpe y dije:

—¿Muy lejos?

—A treinta y cuatro kilómetros.

—¡Treinta y cuatro kilómetros!

—¡No me vengas con cuentos, Jon! ¡Treinta y cuatro kilómetros no son nada! Veinte minutos de coche.

—Ya no tengo coche.

—Arreglas el Volvo y listo.

Lo tenía todo pensado. Hasta me había buscado la ruta.

—Tres euros diez de peaje, tres euros setenta y nueve de gasolina: podrás venir a vernos por la módica suma de seis

euros ochenta y nueve. Hemos encontrado una casa grande con vistas al océano, pondremos una cadena de música en la habitación de invitados, te compraré un cepillo de dientes y...

—No volveré a ver a Luna a diario...

Sabía que la batalla estaba perdida, pero tenía ganas de hacerla sentir culpable. No podía impedírmelo; al envejecer, resulta evidente que hay cartas que jugar en ese aspecto.

Desde que Al había vuelto a hacer de cirujano, su princesa se había cubierto de pasta como la nata cubre una fresa hasta hacerle perder su sabor original. Digamos que ella corría un riesgo cierto de aburguesamiento y que yo experimentaba al respecto sentimientos contradictorios: el orgullo de ver a Perle moverse en un entorno mejor, es cierto, pero también un punto de amargura, porque nunca me ha gustado la gente más rica que yo.

La clínica del doctor Di Vica, el socio de Al, era un establecimiento moderno reservado a una clientela de posibles, y siempre estaba llena. El gilipollas de Al no volvería a dedicarse a la asistencia social.

—Al nunca se ha dedicado a la asistencia social, Jon.

—Sí, es verdad, siempre le han interesado los peces gordos.

—Y encima para echarles el anzuelo. Mi hombre no es un bondadoso altruista. Solo me quiere a mí. Y eso le encanta a mi lado punk.

Vale, a mí tampoco me gustan los hippies; son unos hipócritas y unos mentirosos, gente que piensa que ser un blandengue y llevar ropa de pobre típica de un país cualquiera es suficiente para ser mejor persona. Si las cosas le marchaban bien al matasanos, mejor para él. Las había pasado bastante putas como para merecer una revancha. Perle también había tenido un golpe de suerte: se había liado con un pescador enfermizo y sin trabajo que de pronto había resultado ser un cirujano extremadamente diestro.

Cuando pienso en el violento beodo con el que andaba antes de conocer a Al...

Sin querer dárme las de nada, yo había sido el origen de lo mejor que le había pasado en su vida.

—Jon, te estás haciendo una paja mental, se te ve en la cara.

Hay que ver cómo me conoce.

—No, simplemente acabo de darme cuenta de que me lo debes todo.

Cambió de tema bruscamente, como si lo que acababa de decirle no tuviese la menor importancia.

—Sé que esto no te va a gustar, abuelo, pero tengo que triunfar en mi vida de pareja. No debería molestarme en explicártelo, es imposible que lo entiendas.

En efecto.

—¿Triunfar en tu vida de pareja?

La jerga psicológica actual es como una infección que afecta a todas las bocas. No sé cómo se contagia uno, pero yo debo de estar inmunizado de manera natural.

—¡Vale ya, Jon!

—Quiero la custodia compartida.

—¿Cómo?

—Quiero pasar con Luna por lo menos un fin de semana de cada dos.

—¡Pero si tú no eres su padre, Jon! No te debo nada...

—¿Puedes repetir eso?

Hace un tiempo me cargué al padre de Luna. Tuve una muy buena razón para hacerlo. El día en que conocí a su mamá, ese cabrón estaba violándola encima de una mesa de formica; huelga decir que no se daban las condiciones mínimas de comodidad.

La pobrecilla se puso a gritar pidiendo ayuda, y acabé presentándome en su casa.

Hice lo que todo buen vecino habría hecho: le clavé al tío los pulgares en los ojos, hasta la segunda falange.

Después, Perle y yo lo dejamos tumbado sobre los raíles que había al fondo de los jardines, y el tren de cercanías se encargó de pasarle por encima. Todo un detalle por parte del servicio

público. Como su sangre tenía la tasa de alcohol de un vino dulce, todo el mundo llegó a la conclusión de que era un borracho al que la curda había hecho la jugada definitiva. Así que gracias a ese golpe maestro conseguimos educar a nuestra princesita lejos de la mala influencia de su progenitor.

Durante mucho tiempo pensé que la niña había escapado del atavismo del crápula de su padre, pero estaba equivocado.

—Abuelo, debes aceptar la decisión de mamá.

¿Aquello no era un golpe bajo?

—Cariño, a tu edad no hay que inmiscuirse en las conversaciones de los adultos. No sabes de qué estamos hablando...

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo. Mamá necesita amor y tú no soportas a Al porque es un impedido. ¡Estarías mejor si también necesitaras amor!

—¡Luna! —exclamó Perle enrojeciendo.

—¡Pero bueno! Nada de eso, soy demasiado viejo, no me vengas con esas.

*

Me pasé los días siguientes poniéndole mala cara a Perle.

No abiertamente, sino más bien de forma sutil.

—Jon, hace una semana que me das la espalda cuando intento saludarte.

—¿Ya ha pasado una semana?

—No creas que voy a ceder a ese chantaje afectivo.

Bien, lo haré una semana más.

—¡No eres su padre, joder!

Y pienso: estaba a tu lado en el parto, cuando no eras más que una pobre madre soltera que daba a luz el fruto de la violación y la perdición. Pero será mejor que todo eso me lo guarde para mí, ¿no?

Esta vez a Perle le cuesta contener la sonrisa. Me conozco esa cara. Me tiene alguna cosa guardada. Algo trama.

—Jon, tengo que pedirte un favor.
¿Un *favor*? Y le pongo cara de póquer.
—Oh, no te preocupes, no te voy a pedir otra vez que mates a alguien.
—Menos mal.
—Es para la niña...
Para Luna sabía que me podía pedir lo que fuera.
—¿Podrías quedártela los miércoles?
Mi turno de sucumbir irremediabilmente a la sonrisa.
Siento cómo me atraviesa la cara hasta alcanzarme las orejas.
—¿Quieres decir todos los miércoles?
—Sí.
—Sí.
—Y si pudieras ir a buscarla directamente al colegio...
—Sí.
Acamparía delante del colegio, si hiciese falta.
—Ven que te dé un abrazo.
—Te quiero, Jon.
—Yo también, Perle.
—Tanto como quiero a Al.
—Aún más, si quieres mi opinión.

*

Las buenas noticias provocan en mí más o menos la misma sensación que las malas: bebo tanto para celebrar como para olvidar. Lo siguiente fue que aparecí de noche, tarde y lejos en el aparcamiento de uno de esos garitos de mierda curiosamente bautizados como el Broadway o el Manhattan. Estaba más arrugado que la foto de un marido pillado en flagrante delito de adulterio, el alcohol me salía por las orejas, otra vez asomándome al borde del precipicio, sobre el acantilado abrupto de la vida.

Y unas ganas de hacer daño en forma de tartamudeo.

El caso es que la velada había empezado bien. Después de marcharse Perle había experimentado uno de esos

momentos de paz interior que me hacen pensar que quizás me haya convertido en otro hombre. Me pasé por el Cap'tain a recoger a Jean-Luc.

Mi cara seguía atravesada por una sonrisa estúpida.

—Tienes la misma pinta que el tío que ganó la lotería.

—Es algo mejor, Jean-Luc.

—¿Perle ha roto con Al?

—No, sigue pensando en mudarse el mes que viene...

¡Pero me encargaré de Luna todos los miércoles!

Su reacción estuvo a la altura de mis esperanzas.

—Voy a instaurar un menú para los miércoles, especial Luna —dijo—, y le prepararé una *playlist* semanal.

—Yeah.

—La vamos a pervertir a conciencia.

—Yeah.

—Tenemos que hacer que la pequeña comprenda que es la más grande Star of Largos.

—Va a ser una consentida de cuidado.

—La vamos a hacer más narcisista que Lady Gaga.

Y después nos pasamos por donde vivían los gitanos.

A la entrada del campamento descubrí los nuevos carteles:

CHATARRERO:

LE LIBRAMOS DE TODO TIPO DE

(Faltaba un trozo de frase.)

Desde que Jean-Luc había realizado una petición formal al Ayuntamiento, el campamento había adquirido una existencia oficial. Se había convertido en la «Zona habilitada para nómadas de Largos». Incluso habían colocado un cartel que duró unos días, hasta que fue requisado para servir paella.

El Ayuntamiento había aprobado créditos de inversión para equipar el lugar con servicios sanitarios y luz eléctrica, pero Paco ya había vendido la grifería, las tapas del alcantarillado y las farolas.

—El campamento está mucho mejor iluminado con los faros de los coches —se había justificado.

—Vale, pero ¿y los grifos?

—No comprendo por qué se revenden tan fácilmente, son menos prácticos que una manguera.

El alcalde no había insistido más.

Había gente, pero que mucha gente, en el campamento.

—Unos primos de Poitiers —suspiró Paco— van de peregrinación a Lourdes... Se marchan mañana.

Me había sentado a su lado, en uno de los viejos asientos de Mercedes plantados sobre el asfalto. Se acercó a mi oído y añadió:

—Una pandilla de gilipollas que ni siquiera saben tocar música. Nos ponen de los nervios, y cada vez que pasan por aquí esto acaba en bronca. Pero son primos... y tengo que acogerlos, es mi obligación.

Llevaba la camisa abierta. A la luz de los faros, su vientre lucía con el esplendor de un trono que le confiriese una autoridad real. Sentí ganas de comentárselo, pero me contenté con un:

—¡Qué calor, leche!

—Es el tiempo que preferimos los gitanos. Podemos divertirnos toda la noche esperando a que estalle.

Contemplamos el cielo, tan preñado de abalorios como una chiquilla de trece años. Las pilas de contenedores, convertidos en casas móviles, me parecieron más inestables que nunca. Las caravanas, obligadas a estar quietas, evocaban la nostalgia de un viaje que tenía como meta los confines del mundo.

Frida, la vidente, vino a sentarse junto a nosotros. Aquella joven de rizos dorados había roto recientemente el confort de mi viejo escepticismo aportándome la prueba de que era realmente capaz de predecir el futuro.* Desde entonces, me había fijado en que el «gabinete de videncia» que mante-

* Véase *Un gramo de odio*. (N. del T.)

nía en el polígono industrial estaba siempre lleno. Me ofreció un porro con una leve sonrisa diciendo:

—Los pájaros que no vuelan son los más infelices de los seres vivos. No me gustaría ser una gallinácea.

—Quizás las gallinas no se den cuenta de que pertenecen a una especie que debería volar —respondió Jean-Luc.

Paco se inclinó para darle una palmadita en la rodilla.

—Los que han probado la libertad una vez nunca vuelven a ser los mismos.

Y añadió con una carcajada:

—Por eso los gitanos tenemos que salir siempre pitando de todas partes —y su carcajada se rompió con un ataque de tos.

Un ternasco brillaba por encima de las brasas. La luz blanca de los faros de coche a ras del suelo (conforme a la nueva reglamentación europea) confería al humo cargado de olor a carne una dimensión misteriosa; parecía que estuviéramos dentro de una película. Reconocí el buen olor que a veces impregnaba la ropa de Paco cuando venía a visitarme a casa. Pero el humo irritaba los ojos.

—Vamos a dar una vuelta —propuse.

Caminamos hacia la parte abandonada del puerto industrial.

Hangares de acero oxidado, vacíos y liberados del duro trabajo de los obreros. Montones de escoria medio cubiertos de malas hierbas. Charcos de gasolina que reflejaban la luz de una farola, cerca de los barriles de petróleo. Dos buques cercanos imponían su masa de sombra. Estaban cargados de troncos de pino hasta alturas impresionantes, como si formasen parte de un proyecto para trasladar todo el bosque de las Landas, pero el bosque parecía firmemente decidido a quedarse allí, y el muelle desierto inspiraba tranquilidad.

Era uno de esos paisajes que hablan, y dicen:

—Nuestra civilización se muere.

Paco había pronunciado aquellas palabras sin emoción alguna, como una simple constatación.

—Esta herida sana al mundo —añadió, señalando con un amplio gesto aquel yermo industrial.

En lo más alto de la escombrera, que domina el campamento y le da aspecto de valle secreto, unos niños se lo estaban pasando bomba. Se lanzaban por la negra pendiente montados en trineos de plástico.

—Los han encontrado en el vertedero. ¿La gente los tira porque aquí no nieva lo suficiente?

Volvimos a sentarnos. Nos sirvieron la carne sin guarnición alguna, pero, joder, ¡qué buena estaba!

—¿Tú no comes? —pregunté a Frida.

—Es cordero. ¿Has visto jugar en un prado al bebé blanco y rizado de una oveja?

Los primos llevaban ya más de una copa encima. La conversación se iba calentando. Paco daba una voz de vez en cuando para calmar los ánimos, y la cosa funcionaba. La autoridad de su barrigón sobre sus súbditos era legendaria.

Cuando dimos cuenta de la garrafa de whisky que Taureau se había traído del bar, Paco sacó una botella de ginebra. La bebíamos de la misma forma que uno se lava los dientes cuando no queda dentífrico: horrible, pero ¿qué hacer si no?

Una chiquilla de apenas quince años se puso a cantar, con una voz simuladamente rota. Las guitarras sonaban sin gracia alguna y varios chavales empezaron a dar palmas desacompañadas. Un fracaso absoluto.

—Es flamenco de Poitiers.

—¿Nos largamos? —propuse.

—Imposible. Si los dejo solos, son capaces de liarse a mamporros antes de que amanezca.

Me quedé una hora más por educación, pero ya no estaba a gusto. Jean-Luc Taureau se encontraba en un estado tan lamentable que tuve que abandonarlo a su suerte.

—Amparo se ocupará de él —dijo Paco.

—¡Vale! —dijo Amparo estrechándolo contra su hombro.

Sus curvas se correspondían con cánones de siglos pasados, pero tenía una preciosa melena rizada, grandes ojos negros y una bonita piel morena. Jean-Luc me había contado que olía tan bien que daban ganas de lamerla de la cabeza a los pies.

Había oído decir que cada vez pasaba más noches con ella.

—Coge mi Mercedes —dijo Paco tendiéndome unas llaves de coche que colgaban de un puño americano.

Bonito llavero.

—No, gracias —dije—. Me sentará bien volver andando.

—¡Una hora de caminata, en plena noche! Solo a ti puede gustarte eso.

*

Desde mi último encuentro con las fuerzas del mal, no salía de casa sin arma. Si me cruzo con el fantasma de Burger o de la viuda Martínez* o de cualquier tocapelotas que venga del pasado a aplacar su sed de venganza, más le vale andarse con cuidado.

Como la pistola dentro del cinturón me molestaba al andar, me la metí en el bolsillo interior de la chaqueta. Pero me golpeaba las costillas y me seguía fastidiando.

¿Estaría demasiado borracho como para llevar un arma de forma conveniente? Acabé dejándola en el bolsillo exterior, lo suficientemente hundida para que no asomara.

Al final, la noche se había vuelto fría y la tormenta se había caído del programa: tiempo cambiante, agujetas. La carretera desierta, alumbrada de tanto en tanto por farolas de sodio, daba una impresión de claroscuro.

Vi a un mochuelo. Acababa de lanzarse sobre el asfalto y huía volando con una culebra en el pico.

* Burger el Malo, asesino a sueldo que antaño había trabajado con Jon, fue asesinado por Valentin en *Un gramo de odio* cuando se disponía a acabar con la vida de Ayaramandi. Por su parte, la viuda Martínez, cabecilla de la organización mafiosa para la que Burger había sido reclutado con el fin de matar a Al, fue ejecutada por Jon. (N. del T.)

Recuerdo esos detalles, pero no el hilo de los acontecimientos. ¿Qué es lo que hizo que sintiese ganas de darme una vuelta por el Cobra Club?

Simplemente pertenezco a esa especie que no sabe volver a casa a acostarse.

El garito acababa de cerrar. Había permanecido allí un tiempo indeterminado. Apestaba a tabaco, a perfume de mujer y al menos a tres alcoholes infectos. A mi lado tenía a un tipo, un sexagenario como yo. Mala calaña. Mala gente.

En el aparcamiento, una mujer estaba vomitando sobre el capó de un Cadillac XLR blanco.

—¡Joder, el buga del patrón! —exclamó mi compañero de fortuna.

Vi cómo avanzaba hacia ella. Parecía un asno agresivo erguido sobre sus patas traseras. Su equilibrio era precario y no dominaba sus nervios. Tres pasos más y el culo de la beoda estaría al alcance de sus pezuñas.

—Lárgate de aquí, puta de mierda. ¿Quieres que te haga el coño pedazos? ¿Eso es lo que quieres?

La calidad de su prosa me ofreció una bocanada de placer, aunque también habría podido hacerme llorar, si no hubiera sido porque las moléculas de felicidad me engrasaban las sinapsis. Cuestión de posología.

Cuando la mujer se dio la vuelta, tuve el tiempo justo de ver que nos estaba apuntando con una pistola. Plaqué al tipo en el suelo mientras ella vaciaba el cargador, disparando a un punto frente a ella, como durante una sesión de meditación.

Las balas pasaron por encima de nuestras cabezas y se fueron a perder en la noche. Al terminar la refriega, el tipo se levantó y se sacudió la chaqueta diciendo:

—Esta tía está loca.

Yo me quedé un momento tumbado en el suelo. Era imposible no reírse. Llevábamos tal curda que ni siquiera habíamos sacado las pistolas.

El fulano era un asesino, como yo lo había sido durante mucho tiempo, pero supongo que él seguía en activo.

—Esa mujer me gusta —dije.

—Esa zorra merece un escarmiento, querrás decir. Le voy a partir los dos brazos y después nos largamos de este sitio de mierda.

El tío vivía en una pesadilla permanente, conozco bien ese universo. Ya hacía bastante con dejarla con vida. Me senté para verle hacer.

La mujer era morena de pelo y de piel. Una cuarentena borrosa. Llevaba el escote cubierto de vómito, y la minifalda arrugada por encima de los muslos. Sin duda había tenido eso que llaman un cuerpo de ensueño, pero la anorexia o la droga le habían pasado factura.

El menda la agarró de un brazo. Oí un crujido. La mujer estaba tan borracha que no lanzó un solo grito.

—Bah, el otro se lo perdono, ni siquiera siente nada, me da asco.

Excelente elección.

Había cargado mi pistola, no hubiese soportado un brazo roto más.

Tengo mis límites.

Vete a saber por qué, empecé a cantar «Ask the Angels» de Patti Smith por el camino de regreso. Quizás por esos brazos tan delgados.

*

No valgo gran cosa, un remordimiento me basta para redimirme, y sin embargo me costó pegar ojo. Mi último pensamiento lúcido había sido para aquella mujer del brazo roto. No le guardaba rencor, no hay nada que reprochar a una mujer que dispara instintivamente a tipos como nosotros.

En el mejor de los casos, ahora estaría en el hospital, calentita, con el brazo escayolado. Eso esperaba. Pero no estaba seguro.

Me había dado tiempo a poner *Radio Ethiopia* de Patti Smith y dejarme caer en el sofá, pero en cuanto cerré los ojos

empecé a sentir mis famosos saltos mortales hacia atrás, y tuve que volver a abrir los párpados a toda prisa. Al tercer intento, me precipité hasta el váter. «Pumping (My Heart)» no había terminado aún y yo ya estaba sentado en la taza echando las tripas (¿no es una expresión maravillosa?) directamente en la bañera. Es la ventaja de tener un cuarto de baño minúsculo. Se puede vomitar tranquilamente sentado en el trono.

Al final conseguí dormirme a eso de las seis de la mañana, preguntándome cuánto tiempo soportaría mi viejo cuerpo tales excesos.

Me quedé atónito al verme ya despierto a las...

¿Seis y cincuenta y siete?

Me cago en la puta. ¡Menos de una hora de sueño!

Y ni hablar de volver a dormirse. Imposible quedarme en la cama sin empezar a cavilar.

El sueño de un viejo es como el servicio público, se va degradando cada día más. Se diría que retrocede bajo amenaza.

*

Salté de la cama y salí al jardín. Sin nada debajo de la bata. Reluciente como un pez fuera del agua. Me sentía *fuera del aire*.

Ya había amanecido, pero el cielo conservaba ese matiz de final de noche que no sería posible definir con un color. Los pájaros cantaban sin parecer preocuparse los unos de los otros, como una orquesta que afina justo antes de un concierto. Una gatita de tres colores se lamía la pata sin prestarles atención. Inspiré profundamente una vez, después otra, y luego varias veces más, sin conseguir hacer desaparecer la sensación de ardor en los pulmones y el esófago. Mi cráneo estaba alojando una migraña tan punzante como una sucesión de olas rompiendo contra el puerto. La gravedad era más fuerte que nunca. Tenía una visión extrañamente clara pero ondulante, como si ya no fuese capaz de fijar la mirada en un punto preciso. Y luego estaba esa risita idiota que me entraba por momentos.

En fin, una resaca de campeonato.

Caminé hasta el sol, hacia el fondo del jardín, más allá de la sombra de la casa. La hierba cubierta de rocío me mojaba los pies. Una vez al sol, me sentí mejor. Todo es relativo.

Me apoyé en la portilla que separa el jardín del bosquecillo de pinos atravesado por la vía del tren.

Un trozo de las Landas. Todo un ejemplo de belleza sencilla.

Percibí un movimiento de gaviotas unos cien metros a la izquierda. Me acerqué por curiosidad. ¿Estaban dando cuenta del despojo de algún mamífero —ardilla, rata, pequeño erizo— aplastado por el tren? Imposible vislumbrarlo.

Los raíles brillaban entre las altas hierbas.

Por allí ya solo pasaban los trenes de cercanías desviados del camino recto para transportar a los paletos hasta la improbable estación de Largos.

Me senté sobre el metal todavía frío.

El rumor del océano, de intensidad media, indicaba un viento del oeste moderado y olas no mayores de un metro. Joder, Jon Ayaramandi, ¿te crees que eres Laurent Romejko?*

Empezaba un bonito día.

Debía reconocerlo: el mundo sin Louise se parecía al mundo de antes.

Me levanté para ir a mear en un zarzal. Apunté a las moras más altas, las que están al alcance de la mano de los paseantes: llevo haciéndolo desde que cumplí diez años.

La gata me había seguido y me miraba.

El tiempo habría podido permanecer en suspenso hasta que me hubiera decidido a entrar para desayunar.

PERO NO FUE ASÍ.

*

* Presentador de la televisión francesa. (*N. del T.*)

Las putas sirenas de la policía me sacaron de mi ensoñación.

Dios sabe cuántas ocasiones he tenido en mi vida de escucharlas.

Esta vez eran bastantes. Procedían de al menos tres vehículos distintos. Aquello montó un jaleo impresionante en el silencio matinal de la barriada más senil del suroeste.

Apenas el tiempo de oírlas por primera vez a lo lejos, por encima del rumor del océano, después más cerca..., y ya estaban en mi calle.

La línea de casas adosadas que separaba la calle de los jardines amortiguaba el escándalo, pero no me costó comprender que las fuerzas del orden acababan de pararse en seco a pocos metros de mi casa. No exactamente delante. No podía verlas, pero era capaz de imaginar la escena a la perfección: coches camuflados, faros giratorios en el techo y policías con chaleco y el arma preparada, hambrientos como perros de presa. Venían a por mí, no había duda. Mis pensamientos matinales a propósito de la inutilidad de los investigadores no me habían traído suerte. La vida conoce todos los golpes bajos.

Un velo de confusión flota siempre en este tipo de escenas y mi cerebro intentaba atravesar la bruma. Si la pasma no había aparcado frente a mi puerta, es que no tenía mi dirección exacta... A no ser que... ¿fuese una estrategia? Pero, en ese caso, ¿para qué montar tanto escándalo?

¡La Gendarmería Nacional! Solo los gendarmes podrían venir a detener a un asesino con todas las sirenas puestas.

Comencé a correr en sentido opuesto, por puro reflejo. Me alejé del jardín. Salvé de un salto una zarza que crecía entre dos pinos. Mi tobillo tropezó con una rama repleta de espinas y me caí de bruces. ¡Ay! Me miré el pie, desgarrado de un tajo y todavía enganchado al arbusto.

Mientras me levantaba, una cuarta sirena procedente de la carretera de Bayona me obligó a aguzar el oído. Era diferente de las primeras.

El SAMU. La sirena del SAMU en medio de todos esos policías. Intenté activar mis débiles capacidades de deducción.

Cuando la poli viene a arrestarte, pocas veces lo hace acompañada por el SAMU (o a lo mejor estaban ensayando nuevos métodos: ¿disparar al sospechoso, herirle de muerte y dejar que la ambulancia se lo lleve a urgencias?).

Por tanto, era probable que los policías no estuviesen allí para efectuar un arresto...

Permanecí prudentemente detrás de la zarza.

¿Un accidente? Pero... tres coches de policía para un accidente, ¿no era abusar un poco? El niño-niño de las sirenas se detuvo de golpe.

El silencio que siguió me hizo tomar conciencia del jaleo que montaban mis neuronas. Los pájaros se habían callado. La gata había desaparecido. Yo esperaba ver surgir de un momento a otro a uno de esos tipos del GIGN,* vestido con chaleco antibalas y armado con un fusil con mira telescópica. Pero no. Ni un movimiento. Ni en el techo, ni en el jardín. Nada. Solo el silbido de la destrucción neuronal atravesando mi cerebro arrepentido.

De nuevo se acercó una sirena: otro vehículo de socorro, aparentemente otra ambulancia. Todo se parecía más a un dispositivo desplegado para un accidente de carretera que al arresto de Jon Ayaramandi. Empezaba a pensar que mi hora no había llegado todavía. Volví muy despacio sobre mis pasos, tratando de no hacer ruido alguno. Atravesé el jardín y me introduje con la prudencia de un ladrón en mi propio porche. Pasé por el salón. Subí la escalera tratando de evitar el escalón que cruja.

Ya en la habitación que me sirve de despacho —una de las que dan a la calle—, aparté suavemente la cortina.

Tres coches de policía y dos ambulancias.

* Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale: cuerpo de élite de la seguridad francesa dedicado principalmente a actividades antiterroristas. (*N. del T.*)

Por muy increíble que pareciese, esos tíos no se habían desplazado por el asesino de Largos. Habría podido asomarme a la ventana y gritarles: «¡Cucú!». No era más sospechoso de un crimen que una hermanita de la caridad armada con su rosario. Estaban allí por otro anciano.

El que estaba tumbado en la calzada.

Su cabeza —o lo que quedaba de ella—, bañada en un mar de sangre.

*

Tres bomberos se afanaban alrededor del vejestorio. Los mendas intentaban reanimarle con un desfibrilador último modelo. Y sin embargo, no había que ser muy ducho en medicina para saber que intentar devolver a la vida a un fulano con la cabeza hecha pedazos no tiene ningún sentido. Tuve ganas de gritarles: «¡Dejaos de circos! ¿Dónde habéis visto que se pueda vivir sin cabeza? Si el tipo se pusiera a correr ahora, solo sería porque es tan idiota como una gallina».

Pero no hice nada, por supuesto. Conocía bien al viejo, él y su mujer eran mis vecinos desde hacía siete años. Si el corazón de ese gilipollas no se paraba en ese instante, era porque no hay nada de justicia en este maldito mundo, algo que por otra parte siempre he pensado, no solo ahora.

Tras apartar un poco más la cortina, distinguí un segundo cuerpo. Desnudo y dislocado. Era una joven negra, aunque desde donde estaba no podía ver su cabeza.

La chica debía de haber sido magnífica, pero era evidente que le habían roto la mayoría de los huesos.

A juzgar por la enorme cantidad de hemoglobina que bañaba todo aquello, las dos víctimas habían fallecido por hemorragias imposibles de calificar de internas.

Las ambulancias estaban aparcadas al lado de los cuerpos. Dos bomberos empezaron a introducir a la mujer en una gran bolsa, lo que les llevó sus buenos cinco minutos.

Después, ataron la bolsa a una camilla y la metieron en la ambulancia. Los policías se rascaban el forro a dos manos.

Vi un perro blanco, rociado de sangre y tirando de la correa como un poseso. Al otro lado de la correa, sin duda estaba mi vecina, pero no podía verla desde mi posición. No me atrevía a imaginar en qué estado de nervios se encontraba.

Entreabrí la ventana. No necesité esforzarme mucho para distinguir las palabras de la vieja, que casi gritaba:

—... ¡un tremendo ruido, señor comisario! Como una explosión. Para despertar al barrio entero. Vi a la negra caer del cielo directamente sobre mi marido.

El policía tomaba notas en un cuaderno. Un enfermero se acercó con expresión apenada; en lo referente al viejo, los objetivos debían revisarse a la baja:

—No conseguiremos reanimarlo.

Su compañero estaba guardando el material.

—¿Está muerto?

El enfermero se rascó la cabeza, como si tuviera que tomar una decisión difícil.

—Sí.

Diez minutos más tarde, todo el mundo se había esfumado ya llevándose los dos cadáveres. La vieja se había quedado en el sitio, con su perro tan rojo como un tampón usado.

—¿Y quién va a limpiar toda esta porquería?

Bajé a la calle, simulando que iba a meter los cubos de basura en casa. Vi a la izquierda a dos policías en un Clio camuflado. Se habían quedado allí de plantón, como suele decirse. Uno de ellos, joven, estaba conversando animadamente por su móvil. Se lo veía bastante emocionado.

—Estamos esperando a la brigada científica, mamá... Ya te digo, un auténtico escenario de crimen como en las series. Hasta hemos acordonado la calle con cinta y todo. Incluso hemos pintado las siluetas del cuerpo en el suelo, para anotar su posición y todo eso.

Podía imaginarme a la madre al otro lado de la línea (¿se han fijado en que esa expresión no ha sido reemplazada

aunque los teléfonos funcionen con ondas?) sin poder creerse lo que su hijo le estaba contando.

—Es alucinante, mamá. Parece ser que va a venir un montón de gente. Espero que nos envíen refuerzos para controlarlo.

El segundo policía permanecía petrificado en su asiento, como el rehén de un atraco a mano armada que no se atreve a pronunciar palabra.

—Si lo vieras, mamá, la sangre ha salpicado hasta el primer piso. Es asqueroso. Prefiero no mirar, sería capaz de ponerme a vomitar.

Tras las ventanas de su cocina, la anciana debía de estar lavando a su perro, porque los oía gruñir a los dos.